

INICIAR EN LA ORACIÓN A LOS JÓVENES

ÁLVARO GINEL SDB
Director de la revista *Catequistas*
Madrid

Se me pide una reflexión y una experiencia sobre la iniciación de los jóvenes en la oración. Parto de algunos presupuestos básicos.

— Iniciar en la oración es algo más que "enseñar a rezar". Igual que "iniciar en los sacramentos" es algo más que llevar a los jóvenes a los sacramentos. En alguna ocasión nos llevamos las manos a la cabeza y nos preguntamos: ¿Pero cómo es posible que estos jóvenes dejen los sacramentos con la *insistencia* y *esfuerzo* que hemos puesto para que los *practiquen*? La pregunta que nos hacemos contiene ya la respuesta. Insistencia y esfuerzo no son precisamente las palabras esenciales de lo que es la iniciación. Por no haber realizado una iniciación adecuada es por lo que, entre otras cosas, al final nos encontramos unos resultados concretos que no nos agradan o que no esperábamos.

— También hay que señalar, al inicio de este apunte sobre la oración y los jóvenes, que no se habla aquí de una oración con adjetivación "joven". Me resisto a creer que exista una *oración infantil, joven o adulta*. Creo que estas expresiones son, cuando menos, ambiguas y pueden dar origen a confusión. Existen niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos que oran. *El núcleo de la oración es siempre el mismo*. Únicamente la situación existencial de la persona que reza es la que varía, o, si se prefiere, es concreta, es decir, está determinada por un desarrollo y maduración personal que depende de muchas cosas, entre otras, de la edad biológica. Entender bien esta diferenciación es importante. Hay personas metidas en la acción pastoral juvenil que hablan de una "oración joven" cuyo núcleo se centra en la variedad de formulación y en la *búsqueda externa de modos de hacer llamados "jóvenes"*: lenguaje juvenil,

creatividad juvenil, estilo juvenil, etc. Así se consumen "esquemas" y "fórmulas" que quedan envejecidas y sin atractivo nada más usarlas. Lo nuevo en este tipo de "entrenamiento en la oración" radica en la novedad de la forma externa sin importar mucho el corazón mismo de la oración.

En esta exposición quiero dar, en primer lugar, unas nociones teóricas desde el punto de vista de la catequesis tomando las palabras que entran en el título del artículo: iniciar, oración, jóvenes. Después describiré una experiencia de oración con jóvenes.

I. INICIAR

Este término *iniciar* pertenece a la tradición eclesial más antigua. Lo reconocemos mejor en su formulación sustantiva: *iniciación cristiana*. No es un término específico del cristianismo. Las religiones místicas y otros muchos grupos tenían (y tienen) sus ritos de iniciación, es decir, unos procesos determinados para que la persona *entre dentro* de lo específico del grupo, no sólo con un saber sino con un cambio personal integral.

La estructura de la iniciación cristiana se cristaliza en el *catecumenado antiguo*, que arranca a finales del s. II, se consolida en el s. III, recibe modificaciones en la segunda mitad del s. IV y desaparece progresivamente en los s. VI y VII.

Los elementos esenciales de que se compone la iniciación del catecumenado antiguo son:

- El *seno comunitario* en que tiene lugar la iniciación.
- Los *destinatarios* de la iniciación, *adultos* que habían manifestado el deseo de formar parte de la comunidad de seguidores de Jesús.
- La *forma de concebir la iniciación y de entretejer las realidades que la componían*.

Pongamos un ejemplo para aproximarnos a la forma de concebir y entretejer la realidad de la iniciación cristiana sin pretensiones de investigación¹. Pensemos por un momento en lo que es el trabajo artesanal. El trabajo artesanal está ligado, de ordinario, a una familia (o a un grupo reducido) que va transmitiendo de padres a hijos los "secretos" de su

¹ Cf. *La Maison Dieu* 132 (1978). Ver los términos "Catecumenado antiguo" e "Iniciación cristiana", en *Diccionario de catequética* (Madrid, CCS, 1987); C. Floristán, *Para comprender el catecumenado* (Estella, Verbo Divino, 1989).

saber, la experiencia adquirida a través de años y generaciones². Quien entra en el ámbito y mundo del trabajo artesanal es posible que haya asistido a la escuela o a la universidad... Pero allí no le han enseñado el saber artesanal. Para aprenderlo necesita: *ser admitido* en el grupo artesanal. La *admisión* implica una petición por parte de la persona que quiere entrar y la *aceptación* por parte de quienes son artesanos. Éstos juzgan, de manera inicial, si el candidato reúne condiciones mínimas para aquello que le espera y en lo que tendrá que adiestrarse. En ocasiones, no será necesario un "examen de aptitud" porque el maestro artesano se dejará llevar por las referencias previas sobre el candidato, ya sean éstas propias o llegadas por cauces diversos. Tras la admisión, no todo está ya hecho, el que ha sido admitido deberá *esperar pacientemente*, sin prisas, para ver, observar, ir captando la manera que los ya iniciados tienen de comportarse, de hacer, de expresarse... No se entra inmediatamente en la acción artesanal. Poco a poco, desde lo más elemental, desde abajo y de acuerdo con el desarrollo de su aptitud, se le irán dando *explicaciones a medida que él vaya preguntando e interesándose por lo que ve hacer*. Más adelante, se le *confiarán responsabilidades*, se le irá dejando solo (pero con la presencia de quien está iniciado siempre detrás) en tareas cada vez más comprometidas, hasta que sea capaz de superarlas. Cuando el maestro de taller, o quien represente la autoridad del saber hacer artesanal, lo crea conveniente, *accederá a los últimos secretos del trabajo artesanal*. Y sólo llegará al final si da pruebas de destreza y de interés.

En el trabajo artesanal es difícil saber si el saber es primero que el hacer. Ambos se van conjugando y tejiendo progresivamente. Se desarrollan en la medida en que hay un *trato familiar* con el maestro artesano. Los saberes se suman: los logros de unos son para todos. Los fracasos son también lección aprendida para evitar nuevos caminos sin salida. Todo lo artesano es un saber que se transmite por contacto, por compartir saber, hacer y resultado, lo cual no impide la riqueza personal y la inventiva de cada persona.

² Obsérvese que hoy muchas empresas, por los motivos que sean, tienen un funcionamiento parecido. El saber que los nuevos ingenieros salidos de la universidad han adquirido no les sirve directamente para comenzar a trabajar en una empresa. Ésta les pide cursos y especialización propia. Quizás la defensa de la marca registrada contra la competencia o contra los robos de furtivos hacen que pongan en marcha un sistema propio secreto. El que quiere entrar como trabajador en la empresa necesita "ser iniciado" en el mecanismo interno, en los códigos secretos de lenguaje, etc.

Este tipo de iniciación y de transmisión de saber es el que más se acerca a lo que es la iniciación cristiana.

Iniciar en la oración, como en toda la realidad cristiana, no depende principalmente de la acción de la propia persona o de las personas que están al lado. Partimos de que la realidad de la fe es tarea principal del Espíritu: *Guiados por el Espíritu* (Rom 8,14); *No os dejéis llamar maestro... Ni llaméis a nadie padre... Ni tampoco os dejéis llamar maestros...* (Mt 23,8-10). Esta conciencia y perspectiva no se puede perder en ningún momento, de lo contrario anulamos algo esencial en la vida cristiana.

Cuando la comunidad cristiana se planteó la pregunta de cómo hacer cristianos, es decir, de cómo admitir a otros, tocados por el Espíritu, en el seno de la comunidad, creó una estructura de iniciación que hoy, de manera no científica, podemos resumir como "estructura artesanal". No se trataba de "producir" muchos cristianos ni de "montar cadenas" para "sacar al mercado" cristianos como se sacan botellas de bebida o coches "en serie". La primitiva Iglesia optó por el "camino artesanal".

II. ORACIÓN

Desde el punto de mira en el que nos hemos situado, hay que afirmar que la oración es una dimensión de la vida del creyente en Jesús de Nazaret que es *educable*. Existe una educación en la oración. Una de las tareas propias de la catequesis es *una iniciación en la experiencia religiosa genuina, en la oración y en la vida litúrgica, que eduque para una activa, consciente y auténtica participación en la celebración sacramental* (CC 89). *No podemos menos de alabar los esfuerzos realizados entre nosotros para tratar de conseguir que un proceso catequético se convierta en verdadera escuela de oración. En este sentido, la "traditio orationis dominicae" (entrega del Padre nuestro) es una dimensión de la catequesis que ha de estar permanentemente presente a lo largo de todo el proceso. Iniciar al catecúmeno en la plegaria de los salmos, desarrollar en él la dimensión contemplativa de la experiencia cristiana..., es imprescindible en la catequesis* (CC 90).

La oración es un encuentro con Dios. El encuentro con Dios no se da sólo en la oración y en la celebración. De muchas maneras se puede encontrar la persona con Dios. Pero la oración y la celebración son

lugares "especiales" de encuentro. La oración se convierte en momento original y decisivo de experiencia de Dios.

La experiencia de oración de Jesús es descrita en el NT como momentos fuertes en su vida que posibilitan y se engarzan con la vida ordinaria. Podríamos resumirlo así: desde el evangelio, la oración influye en la vida y la vida influye en la oración. Para educar en la oración es importante moverse en dos direcciones: acostumbrarse a vivir religiosamente y acostumbrarse a vivir de un modo nuevo la oración.

La consecuencia lógica que sale de aquí es que no se inicia en la oración a la persona, tampoco a los jóvenes, sin iniciarlos en la vida, en una manera de vivir la vida, donde el encuentro con el resto de las personas sea una presencia significativa. Dicho de otra manera, la iniciación de los jóvenes o de cualquier persona en la oración conlleva la iniciación en la totalidad de su existencia: maduración personal y el resto de las dimensiones de la vida cristiana. Sería inútil una iniciación que apuntara exclusivamente a la oración; al final nos encontraríamos con una iniciación construida sobre cimientos poco sólidos. Los responsables de la iniciación en la oración lo tienen que tener en cuenta. *El joven de hoy tiende a vivir una relación difusa con Dios. Para él Dios está siempre presente y el hombre siempre puede encontrarlo. Esta conciencia más o menos explícita, conduce al alejamiento sensible de las prácticas religiosas y a la búsqueda de nuevas modalidades de relación con Dios. El resultado, por desgracia, es desalentador. Junto con la crisis de las prácticas religiosas, se da con frecuencia la crisis de la misma religiosidad como actitud de diálogo con Dios*³.

Orar es un ejercicio difícil. Si alguien cree que orar bien, orar en el sentido de entrar en un coloquio cálido y afectuoso con el Señor, un diálogo alejado de la rutina, un diálogo en el que entre en juego toda nuestra vida, con nuestras alegrías y nuestras penas, con nuestros éxitos y nuestros fracasos, un diálogo al que entremos sin prejuicios, sin posturas previas tomadas, sin condiciones, un diálogo que puede, si es necesario, hacer que nuestra vida salga cambiada y trastocada, un diálogo en el que podemos arriesgarnos a todo, si alguien cree que esto es fácil y se puede lograr en unos días, está equivocado. Orar bien requiere haber orado mucho. De la misma manera que dedicamos muchas horas de nuestra vida

³ F. Floris, "Oración (educación a la)", en *Diccionario de catequética* (Madrid, CCS, 1987) 610-611.

a dominar bien un oficio o una profesión, debemos dedicar un tiempo diario y continuado para lograr una buena oración. A orar se aprende orando, como a andar andando.

Pero está la otra parte, el Señor. Él lleva su tiempo, su ritmo, que nosotros nos sabemos. Él se irá comunicando dándose a conocer, conforme quiera y le parezca. La oración es un misterio de relación entre dos personas vivas que quieren intimar.

III. LOS JÓVENES

Cuando hablamos de jóvenes, ¿de qué jóvenes hablamos? Ésta es la primera pregunta que tenemos que responder. Las personas que están en la franja denominada de los jóvenes (para ponernos una referencia indicativa, de los dieciocho años hasta los treinta y cinco) es posible que de común sólo tengan la edad. Según los contextos y la formación recibida (o no recibida) podremos describir tipologías diferentes.

Aquí hablamos de los jóvenes que se han acercado o se acercan con una inquietud religiosa y una búsqueda del ideal del Reino anunciado por Jesús. Pero aún así habrá que ser prudentes y admitir un abanico de sensibilidad y de maduración religiosa muy amplio.

Las dificultades de iniciación de los jóvenes en la oración coinciden con las dificultades de la catequesis de jóvenes. Para ser breves, resumimos estas dificultades en dos: abrir la propia vida al evangelio y el servicio a los demás desde el evangelio y desde la comunidad.

No estoy en disposición de decir que los jóvenes están cerrados a la oración. Más bien todo lo contrario. Sí que es palpable el rechazo de la mayoría de los jóvenes a un tipo de oración que ellos encuentran vacía, formulista, y que, por eso, no les dice nada. Pero cuando los jóvenes entran y gustan la oración, se hacen orantes y se sienten interesados por la oración. Los adultos tenemos aquí una responsabilidad importante: con frecuencia les decimos que recen, pero no les damos caminos de oración, iniciación a la oración que están buscando. Y lo esencial de la oración es el encuentro entre dos personas. Cuando los jóvenes rechazan nuestra oración de adultos están rechazando una oración en la que no perciben (no quiere decir que no exista, pero ellos no lo perciben) *encuentro, diálogo filial entre la persona y el Dios a quien Jesús llamó Padre y desde ese momento nosotros también le podemos llamar con el nombre de Padre*. Es

determinante analizar todo esto para aproximarnos a la iniciación en la oración de los jóvenes.

IV. UNA EXPERIENCIA ⁴

Narrar una experiencia me parece que es algo más que contar algo que ha pasado. La narración de una acción pastoral tiene detrás una serie de opciones, de metas, de convicciones, de presupuestos teológicos y antropológicos, de seguridades, de inseguridades, de dudas y caminos hechos entre nieblas..., de experiencias de fracaso y de logro, de perspectivas metodológicas, etc. que hacen difícil el mismo arranque de la narración.

1. *Caer en la cuenta de algo*

Todo comenzó cuando *caímos en la cuenta* de una realidad: la dificultad de orar de los jóvenes y las prácticas de oración que les proponemos. *Caer en la cuenta de algo* es más que *darse cuenta* de algo, en este caso, de la dificultad de orar de los jóvenes. Para nosotros, consistió en darse cuenta y, al mismo tiempo, en tener la *intuición de una propuesta de acción "nueva"*. Muchas veces habíamos hablado de y sobre la dificultad de orar de los jóvenes. Aquel día hablamos y *tuvimos la intuición de emprender* algo, de esbozar un camino, de proponer algo que parecía nuevo y que nosotros *éramos capaces de hacer*.

Las cosas no llegan así como así. Llegamos nosotros a las cosas, no es que las cosas lleguen a nosotros. Nosotros hacemos camino hacia metas no pensadas ni sospechadas. Y este camino está tramado por muchos elementos, muchas pequeñas experiencias, reflexiones, personas que nos encontramos en la vida, etc. Y está también impregnado y bañado por el Espíritu que camina con nosotros calentando y avivando la memoria del Señor Jesús.

Habíamos asistido (quizás eso nos despertó del letargo y nos iluminó el camino) a un cursillo de oración centrado en la toma de conciencia

⁴ Remito al librito: M^a Ángeles Mañas, *Oraciones para momentos de estrés* (Cuadernos Proyecto Catequista 18; Madrid, CCS, 1997). El título del libro podría ser más preciso hablando de "tiempos de prisa". Las oraciones que ahí se recogen, y que en su día fueron publicadas en la revista *Proyecto Catequista*, son el material concreto y práctico de lo que aquí está narrado sólo en grandes líneas.

personal a través de métodos de relajación corporal; habíamos realizado un camino personal y en grupo hacia el encuentro con una parte profunda de nuestra persona y, desde ese lugar y hondón de nuestro corazón, nos abrimos a la oración que el Espíritu está continuamente haciendo en nosotros al Padre, pero que, por lo que sea, no es acompañado por nosotros porque estamos en otras cosas.

Dialogando descubrimos que el camino realizado era interesante, era un camino que nosotros podíamos guiar y conducir y por eso lo podíamos proponer a otros.

Dialogando nos pareció que una de las dificultades más fuertes de los jóvenes para iniciarse en la oración era la superficialidad en la que están viviendo, la división personal, la fragmentación que padecen, la dificultad de unificar su existencia en ese espacio que es el cuerpo aquí y ahora. Un camino que ayudaba a unificar a la persona dentro de su cuerpo nos pareció que podía ser, al mismo tiempo, un camino hacia la oración.

2. *Concretar la intuición*

Nos pusimos a concretar la intuición. Dejamos el campo de las ideas para entrar en la realidad: desde una experiencia vivida, desde la experiencia de oración nuestra y la que nosotros teníamos de lo que los jóvenes decían sobre la oración, comenzamos a construir nuestro camino de oración.

Lo primero que tuvimos que hacer fue una "carta de referencia": *nuestras convicciones*.

- Es posible orar hoy desde lo que somos y desde la realidad que vivimos.
- Los jóvenes pueden orar.
- Los jóvenes necesitan caminos de oración y acompañantes que propongan caminos de oración.
- La oración es imprescindible en la vida cristiana del niño, de los jóvenes y del adulto.
- La oración requiere preparación y clima.
- Un ambiente de paz interior y de calma es indispensable.
- El Espíritu que nos habita tiene ansia de orar con y en nosotros.
- El camino de la relajación corporal parece un buen prólogo para disponernos a orar.

- Quien ora es el Espíritu y la persona habitada por el Espíritu, pero también desde fuera, sobre todo en los primeros momentos, es necesaria la ayuda, la presencia del acompañante, del que inicia en la oración.
- El lugar, el camino de oración, sobre todo en las etapas iniciales, son elementos que hay que cuidar.

Estas proposiciones sencillas a las que íbamos llegando y que éramos capaces de formular de manera positiva y breve nos ayudaron mucho porque nos determinaban la frontera de lo que queríamos. Teniendo límites y conociéndolos es más fácil actuar, moverse, realizar una propuesta concreta y, sobre todo, comunicar a los demás lo que queríamos y lo que les proponíamos.

3. *La propuesta explícita*

Llegamos así a formular una propuesta explícita de camino de iniciación en la oración a los jóvenes que constaba de estos momentos o etapas dentro del tiempo dedicado a la oración:

- Un tiempo para la paz y el silencio: pararse, dejar tensiones, encontrarse la persona del joven consigo misma, con la profundidad de todo su ser. Un tiempo para la *unificación* de la persona, por decirlo de una vez. Metodológicamente la consecución de esta meta la lograríamos a través de la *relajación* corporal, apoyándonos en el estilo y método utilizados por José Antonio García-Monge sj.

La persona relajada tiene más posibilidad de acceder a la *palabra que habita en su interior*, a los *deseos más íntimos que están escondidos en lo secreto de cada uno* y que son los que movilizan muchas de nuestras actuaciones, y al *silencio* que facilita la escucha de la Palabra y el diálogo con el Dios vivo. La relajación corporal no tenía como meta estar bien, sentirse bien, sino encontrarse, unificarse para comunicarse consigo mismo y con el Otro.

- Un tiempo en *proposición de la Palabra*: lectura bíblica directa o narración de un pasaje bíblico hecho libremente en clima de unificación personal. La Palabra caería en el momento en que la tierra personal estuviera preparada (unificada, pacificada) para recibirla, siempre con los riesgos que la libertad conlleva: acogerla o rechazarla. En todo caso, lo que nos parecía fundamental es que el diálogo (o el silencio contemplati-

vo) con la Palabra podía ser más eficaz y personal. La contemplación sería la meta más exquisita y elevada del diálogo interpersonal.

– Un tercer tiempo estaba dedicado a la *expresión*. El fruto del diálogo sincero podría ser una palabra de súplica y un movimiento interior de cambio, de acción, de transformación, de vida entendida desde el diálogo entablado en lo más íntimo del corazón. En este sentido, no se dialoga para intercambiar ideas, sino para movilizar la vida, para vivir la vida según el diálogo establecido o, en casos, la contemplación realizada.

– Finalmente, el cuarto tiempo estaba destinado a un *intercambio entre los componentes del grupo*. Nos parecía que la experiencia vivida tenía que ser compartida, pero no durante la realización de la misma experiencia de oración, para no cortar su ritmo ni el ritmo de las personas, sino al final. El hecho de compartir lo vivido y lo sentido se convertiría, en nuestro planteamiento, en "escuela de oración". Los demás podrían aprender de la experiencia vivida por los otros y el animador tenía la oportunidad de orientar y aclarar ideas y procesos desde la realidad compartida por los mismos miembros del grupo. Aprender a orar exige orar, pero también el punto de vista y la reflexión de los que tienen más experiencia de recorrer los caminos de la oración. Nosotros no comenzamos dando teoría sobre la oración, sino haciendo oración, y, desde la misma oración hecha, se impartirían las anotaciones teóricas.

4. *Elementos pedagógicos cuidados*

No sólo tuvimos en cuenta las etapas de un proceso o camino de oración. Vimos conveniente hacer precisiones sobre elementos externos que ayudan y favorecen el ambiente exterior. Como en la realidad de la vida, nos puede ocurrir que el calor de una habitación se nos escape por una rendija... Recordamos que lo importante en las obras de arte son los detalles. Para que las cosas salgan bien hay que tener en cuenta los detalles. Nosotros nos centramos en: la ornamentación del lugar de la oración (sobria, significativa, evocativa, acogedora); el local (cómodo, con temperatura adecuada, amplio, pero sin sentirse perdidos, lo justo para que cada persona tuviera su espacio propio y pudiera hacer la relajación bien); la luz (tenue, que acompañara el ritmo del desarrollo de la oración); los ruidos (el silencio externo ayuda a caminar hacia el silencio interior); los materiales utilizados (música adecuada en cada momento, hojas de los participantes, la Biblia, etc.); la persona del animador (su

tono de voz, el lugar dentro del grupo, la paz y tranquilidad de su acogida...; presencia sugerente, pero discreta, porque en la oración el importante es el Espíritu). Es cierto que la oración en sí no depende de todas estas cosas, pero las cosas ayudan a que el tiempo de oración sea de verdad tiempo de encuentro con el Dios que quiere dialogar con nosotros. No podemos aumentar dificultades a la oración con un "exterior" no cuidado, dispersante, evocador de palabras adversas a la intimidad.

5. *Una palabra sobre los resultados*

Una primera evaluación nos lleva a decir que este camino es válido para unas personas; otras no se encuentran bien.

Exige un tiempo de adiestramiento hasta que se llega a gustar el silencio y la paz. Quizás lo que las personas más admiran en esta propuesta es el primer tiempo, el tiempo dedicado a la relajación y unificación personal. Alguno comparaba el tiempo de la relajación al tiempo de precalentamiento de los deportistas antes de saltar al campo. Y les sirvió para descubrir que el fracaso de muchos intentos de oración eran debidos a un deseo grande de orar, pero sin estar en condiciones adecuadas para entablar diálogo consigo mismo y con el Otro.

Lo que el camino de oración propuesto ofrece es un estilo de situarse ante la oración. En la medida en que uno se familiariza con el camino son posibles (y deseables) los atajos personales y los senderos que cada uno emprende. Pero al principio es bueno someterse a unas normas mínimas de caminar.

El intercambio de experiencias, al final de la oración, es una verdadera escuela de oración. El acompañante dispone de muchas oportunidades para decir una palabra teológica, metodológica, pedagógica y personal con la ventaja de que se hace desde la necesidad concreta, desde la intervención concreta, desde la vivencia manifestada.

Siempre está la dificultad de disponer de un local que reúna las condiciones adecuadas para la relajación, sobre todo hasta que las personas se habitúan a relajarse.

Finalmente hay que añadir que toda experiencia de escuela de oración presupone unos creyentes con capacidad de experiencia creyente y, en este caso, orante para poder guiar a otros. Quizás si hoy no sabemos orar es porque no tenemos maestros de oración que nos lleven al Maestro de oración que está en lo más íntimo de nosotros mismos.